

BEATRIZ
MORI

CURSO DE AUTOAYUDA
PARA PERVERSOS
Y OTROS COLECTIVOS

teatro**autore**expres

BEATRIZ MORI
CURSO DE AUTOAYUDA PARA PERVERSOS
Y OTROS COLECTIVOS

fundación sgae

Sin la autorización por escrito de la editorial, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra ni tampoco su tratamiento o transmisión por ningún medio o sistema.

De igual manera, todos los derechos que de ella dimanen, cualquiera que sea la naturaleza de estos, así como las traducciones que puedan hacerse, incluyéndose igualmente las representaciones profesionales y de aficionados, las películas de corto y largo metraje, recitación, lectura pública y retransmisión por radio o televisión, quedan estrictamente reservados. Se pone un especial énfasis en el tema de las lecturas públicas, cuyo permiso deberá asegurarse por escrito.

Las solicitudes para la representación de esta obra, de cualquier clase y en cualquier lugar del mundo, habrán de dirigirse a Sociedad General de Autores y Editores, SGAE, en la calle de Fernando VI número 4, 28004 Madrid, España.

CURSO DE AUTOAYUDA PARA PERVERSOS Y OTROS COLECTIVOS

Primera edición, 2018

© De *Curso de autoayuda para perversos y otros colectivos*: Beatriz Mori
© Del prólogo: Ignacio del Moral
© Para esta edición: Fundación SGAE, 2018

Coordinación editorial: Pilar López. Diseño de cubierta: El Taller de GC.
Maquetación: José Luis de Hijes. Corrección: Carlos Contreras.
Imprime: Estugraf Impresores, SL

Edita: Fundación SGAE
Bárbara de Braganza, 7, 28004 Madrid / publicaciones@fundacionsgae.org
www.fundacionsgae.org

EDICIÓN PROMOCIONAL. PROHIBIDA SU VENTA

DL: M-21770-2018

Prólogo

SEÑORAS Y SEÑORES... ¡LA RISA!

Curso de autoayuda para perversos y otros colectivos es, ante todo, un ejercicio de humor. Humor negro, humor descarado, incluso un pelín salvaje..., pero humor nada más... y nada menos.

Leyendo este texto de Beatriz Mori me vienen a la memoria el tono y la música, tan netamente españoles, de Jardiel, de Paso, de Mihura, de Gila, de Alonso Millán, de Alonso de Santos..., de esa estirpe del humor con un pie en el absurdo y otro en un cierto costumbrismo malicioso.

Desfilan por los tres episodios que componen el cuerpo principal del texto personajes desquiciados, malévolos y a la vez vulnerables. Vengativos, codiciosos y profundamente errados en sus estrategias, que acaban volviéndose contra ellos.

La visión del mundo que plantea la autora, como tantas veces ocurre entre quienes practican el humor, es la de un cierto pesimismo en cuanto a la naturaleza humana; pesimismo que solo el humor permite sobrellevar para no caer en la amargura.

Porque para eso está el humor: no para impedir ver la realidad, sino para comprenderla mejor; para tener una visión más completa y desprejuiciada, ajena al sentimentalismo autocompasivo; para poner una cierta distancia que nos permita darnos cuenta de que, al fin y al cabo, la cosa esta de la vida, la muerte, el amor y el odio, no son quizá para tanto.

Beatriz Mori se lanza con su bisturí entre los dientes sin prejuicios, sin piedad, pero sin ensañamiento. Los personajes se buscan ellos solitos su destino, para su pesar y nuestro regocijo. Solo ese gato que transita de una pieza a otra se salva... porque solo él es “inocente”, al fin y al cabo. Quizá ese gato es la representación de la

autora, que ve, escucha y recuerda. Y se da cuenta de que los seres humanos, ay, no aprendemos.

Señoras y señores, pasen y lean. Lean y rían. Rían y piensen. Pien-
sen y traten de mejorar. Porque estos pequeños monstruos cuyas peri-
pecias vamos a seguir no están, ni mucho menos –y bien lo sabe el
doctor Leandro–, lejos de nosotros.

Con todos ustedes... ¡la risa!

Ignacio del MORAL

Curso de autoayuda para perversos y otros colectivos

Se estrenó en el Teatro Echegaray de Málaga el 1 de noviembre de 2017

Reparto

LOLA / LADY MACBETH / TRABAJADORA 1	María Bravo
MANOLO / JAVIER / TRABAJADOR 2	Antonio Chamizo
DOCTOR LEANDRO	Claudio Navas
DESDÉMONA / GUTI / TRABAJADOR 4	Andrés Suárez
MARIVÍ / OFELIA / CARLOTA / TRABAJADORA 3	Sara Suárez

DIRECCIÓN	Juan José Afonso
------------------	-------------------------

Ficha Técnica

MÚSICA	José Carra
DISEÑO DE ILUMINACIÓN	Adolfo Rodríguez
ESPACIO ESCÉNICO Y DECORADOS	Juan José Afonso
DISEÑO DE VESTUARIO	Inma Pardo Álvarez
VIDEOGRAFÍA	Pepe Díaz
DISEÑO DE CARTEL	Javier Acedo
AYUDANTE DE DIRECCIÓN	Salva Martos Cortés
PRODUCCIÓN	Factoría Echegaray

Curso de autoayuda para perversos y otros colectivos fue seleccionado para su producción en la II Convocatoria Factoría Echegaray. Asimismo, resultó finalista en el III Concurso Irreverentes de Comedia.

Personajes

DOCTOR LEANDRO
PRESENTACIÓN DEL CURSO

LOLA, MANOLO, MARIVÍ
Caso 1. Adiós a las postergaciones o...
CÓMO DESHACERSE ¡YA! DE LO QUE NOS JODE LA VIDA

OFELIA, LADY MACBETH, DESDÉMONA
Caso 2. Los límites no existen o...
CÓMO LOS ESCRÚPULOS NO PUEDEN ANULAR TUS SUEÑOS

JAVIER, CARLOTA, GUTI
Caso 3. Entender la resiliencia o...
CÓMO CUIDAR EL HÍGADO APLICANDO VENGANZAS

**DOCTOR LEANDRO, TRABAJADORA 1, TRABAJADOR 2,
TRABAJADORA 3, TRABAJADOR 4**
DESPEDIDA

NOTA: El signo “/” indica que el final de un parlamento se solapa con el inicio del siguiente.

PRESENTACIÓN DEL CURSO Y DEL CASO NÚMERO 1

Música y luces espectaculares. Entra un showman con traje excéntrico y actitud seductora e histriónica. Habla con marcado acento porteño.

DOCTOR LEANDRO.— Estimados amigos y amigas, soy el profesor Leandro Ortiguera y les doy la bienvenida, de todo corazón, a mi *Curso de autoayuda para perversos y otros colectivos*. Si ustedes han llegado hasta aquí es porque desean dar un cambio a sus vidas. Les felicito.

Como doctor que dedica su día a día a lograr que las personas realicen sus sueños, es un inmenso placer para mí presentarles este curso que llevo impartiendo desde hace más de una década. Empecé de la manera más sencilla, grabando mis enseñanzas con una camarita, subiendo mis videos a YouTube y recibiendo, para mi sorpresa, miles de visitas diarias desde las prisiones y psiquiátricos con más renombre del planeta. Gracias a la globalización, mis cursos han ido creciendo exponencialmente en los últimos años y han sido acogidos con impresionante calidez en las redes sociales. Incluso se han impuesto como requisito obligatorio si querés ascender en las multinacionales más poderosas, participar en determinados programas de televisión o dirigir algunos partidos políticos y gobiernos. No hace falta que diga nombres, ¿verdad?

Felizmente, puedo decir que mis conocimientos han calado con una velocidad vertiginosa en todos y todas ustedes, la respetable ciudadanía. Me he convertido en uno de los *youtubers* más famosos y queridos gracias a los millones de usuarios que siguen mi

canal “Gato Negro”. ¿Saben que los gatos negros auguran buen futuro en los países que no han sufrido caza de brujas? Hace décadas a mí también me hubiesen denunciado y, seguramente, juzgado, pero hoy en día soy uno de los hombres más ricos y admirados del planeta. Cómo han cambiado los puntos de vista, ¿verdad? Al igual que un nuevo mesías, el neoliberalismo nos ha marcado más que Jesucristo y ahora, ¡al fin!, nuestros valores son otros. Por eso he ideado este curso, para que se liberen actuando desde el instinto de la posverdad.

¿Por qué hacer un curso de autoayuda específicamente para perversos y otros colectivos? Porque, en el fondo, todos podemos llegar a ser unos perversos, aunque nos creamos de otros colectivos. No se me ofendan: es la realidad, somos unos perversos en potencia, unos perversos contenidos. Cada año se publican unos diez mil nuevos títulos de libros de autoayuda para encontrar la felicidad y ser cada día mejores. ¿Y eso funciona? No funciona, señoras y señores. A la contra, va creciendo la capacidad para no comprometerse con nada, para mirar hacia otra parte y pensar solo en uno mismo.

Partamos de la vida cotidiana. Piensen en algo indebido que hayan deseado hacer, pero que creen que nunca deberían llevar a cabo. No sé..., meterle la cabeza en el inodoro al que les pitó desde el coche, acabar con el jefe lentamente, mentir a la pareja sin remordimientos... Piensen que, por un momento, no solo se les permite, sino que se les anima a hacerlo y hasta se les premia. ¿Lo elegirían o lo rechazarían? Tómense unos segundos. (*Pausa*) ¿Ya lo tienen? ¿Y qué eligieron? Aunque lleven dentro el virus de la culpa y recaigan en ella con frecuencia, estoy seguro de que en algún momento han dudado, o por lo menos han gozado, pensándolo. Este curso se compone de tres principios prioritarios que deben empezar a practicar si quieren cambiar sus vidas. Para enseñárselos, nada más típico de la autoayuda que mostrarles el ejemplo de otras personas como ustedes, con una familia, un proyecto de vida, una pareja con la que compartir el tiempo; personas normales que han decidido dar ese paso. El primer caso que vamos a ver trata uno de los puntos más importantes del crecimiento personal. Ahondaremos en cómo salir de la zona de confort y decir “Adiós

a las postergaciones”, que con mi método se denomina de manera más sencilla, “CÓMO DESHACERSE ¡YA! DE LO QUE NOS JODE LA VIDA”. Espero que lo disfruten.

Proyección de rótulos:

Caso 1: La noche de San Martín

Adiós a las postergaciones o...

CÓMO DESHACERSE ¡YA! DE LO QUE NOS JODE LA VIDA

El caso de Lola, Manolo y Mariví

Lola, con delantal, mira satisfecha el plato de tortilla que tiene ante ella. Cerca se encuentra Musy, su gato. En la mesa hay una botella de vino.

LOLA.— Me ha quedado para chuparse los dedos, Musy. ¿No dices nada? Estás triste desde que tus hermanos se murieron, ¿verdad? La vida es implacable, pero a veces nos ofrece placeres para relamerse, como esta tortilla.

Treinta años de matrimonio, Musy. Treinta años siendo su criada y cuidando de su madre, esa bruja... que en paz descanse. Aunque a partir de esta noche tendremos un futuro. Nunca más aguantaremos a ese demonio, su risa de orangután, su manera de despilfarrar nuestros ahorros, sus traiciones. Este plato contiene la receta más poderosa del mundo: ¡La receta de la libertad! Manolo va a tener la mejor despedida: tortilla de patata con chorizo y vino. Si estuviese en el corredor de la muerte, es lo que hubiese pedido, Musy.

A la imagen de un santo que hay colgada en la pared.

San Martín, gracias a ti aún me queda algo de misericordia. Si no, ya hubiese acabado con él de malas formas. A punto he estado de hacerlo encogiéndole cada vez más los calzoncillos en la lavadora, usando el centrifugado una y otra vez. Al ponérselos, le apretarían tanto que no podría sacárselos, y así, sin circulación, cada vez más colorado, se habría muerto de una parada cardiorrespira-

toria. Pero la fe me ha ayudado a elegir un camino más compasivo, Musy. Además, gracias a internet, he conocido a miles de personas con nuestras mismas inquietudes. Y gracias a esa fuerza, esta noche un cerdo ¡tendrá su san Martín!

Me ha costado algunos experimentos que no tuve más remedio que hacer con tus hermanos. Me perdonas, ¿verdad? El fin, a veces, justifica los medios.

(Mira el reloj) Llega tarde, ¡hasta para matarlo me lo tiene que poner difícil!

Entra Manolo con una bolsa, acompañado de una mujer que lleva un maletín.

MANOLO.— Ya estoy en casa.

MARIVÍ.— Buenas noches.

MANOLO.— Lola, esta es Mariví, una compañera del trabajo. Se le ha pinchado una rueda del coche. Mariví, Lola.

LOLA.— Aquí no tenemos recambios.

MARIVÍ.— Su marido ha sido muy amable ofreciéndose a llevarme a casa, que está a una hora de distancia. Como eso supondría que él llegase tarde a cenar y para evitar malentendidos, he preferido subir a decírselo personalmente.

LOLA.— ¡Una hora de ida y otra de vuelta? (Tapa la tortilla) ¡Pues venga, Manolo, date prisa que no es bueno cenar tarde! ¡A qué esperas?

MANOLO.— Huele muy bien. (Coge la botella) Y además hay buen vino.

LOLA.— (Se la quita de las manos) ¡Pero qué haces? ¡Que tienes que conducir! Qué quieres, ¡matar a una inocente?

MARIVÍ.— Creo que por hoy estoy a salvo: san Cristóbal (*Besa una medalla que lleva al cuello*), patrón de los conductores, me ha protegido del peligro pinchándome la rueda antes de salir y haciendo que me encontrase a Manolo en el garaje.

LOLA.— (*Mira a san Martín pidiendo explicaciones*) San Cristóbal...

MARIVÍ.— Por eso, al final he decidido invitarles a cenar, para compensarles por la molestia y no hacerla esperar más de dos horas su regreso.

Manolo saca algunos envases de la bolsa.

LOLA.— ¡Puedo esperar! ¡No tengo hambre! (*Enfadada, en voz baja, al santo*) ¿Qué pinta aquí el Cristóbal?

MARIVÍ.— Hemos comprado comida china, por si usted aún no había hecho la cena.

LOLA.— Musy, ni respires, que igual es uno de los tuyos.

MANOLO.— Venga, Lola, que la comida china si se enfría sabe rara.

LOLA.— ¿Desde cuándo te gusta la comida china?

MANOLO.— Desde que el médico me ha puesto a dieta. Y desde que me enganchaste la sacarina al llavero para fastidiarme el café. (*Se lo enseña a Mariví*)

MARIVÍ.— ¿Dieta? Pues aquí huele muy bien.

Manolo destapa la tortilla.

MANOLO.— ¡Qué sorpresa!

LOLA.— Parece que hoy es la noche de las sorpresas.

MANOLO.— *(Abriendo la botella)* Brindemos por más noches como esta.

MARIVÍ.— Habrá que probarla, entonces.

LOLA.— Es solo para Manolo.

MANOLO.— Por favor, Lola, no seas mezquina y pon unos pinchos.

LOLA.— ¿Mezquina? Cuando hay gente delante, te vuelves muy fino.

MANOLO.— Lola...

LOLA.— Para comer una tortilla de patatas como Dios manda, debe enfriar. *(Se la lleva)*

MARIVÍ.— Tomemos un vinito, entonces.

MANOLO.— Eso, ¡brindemos!

LOLA.— *(Molesta)* ¿El trabajo, bien?

MARIVÍ.— Sí, muchos pedidos, todo viento en popa. Mejor que antes de la crisis.

LOLA.— Pues a mí cada vez me dan menos dinero. La crisis es mi mejor desodorante: nunca me abandona.

MANOLO.— Se te nota.

MARIVÍ.— *(Incómoda)* Ay, el gatito, ¡qué lindo!

LOLA.— Ten cuidado, araña a las hembras en celo.

MANOLO.— Lola... no empieces. Siempre me acabas dejando en ridículo. Está claro que tenemos que hablar.

LOLA.— ¿Nosotros? ¿De qué tenemos que hablar?

MANOLO.— Del divorcio.

MARIVÍ.— Creo que debo irme.

LOLA.— ¿Tú qué opinas, Mariví?

MARIVÍ.— ¿Yo? Pues... Creo que cuando deja de haber amor, lo mejor es separarse.

LOLA.— Y cuando deja de haber respeto, ¿qué es lo mejor que hay que hacer?

MANOLO.— *(Enfadado)* Ganárselo con detalles y cariño.

LOLA.— *(Suave)* He hecho este plato pensando en ti. *(Se lo acerca)*

MARIVÍ.— Qué detalle. Manolo siempre me ha dicho que es usted toda una señora.

LOLA.— ¿Y desde cuándo te lo dice, querida?

MANOLO.— ¡No ofendas a Mariví con insinuaciones! Lo importante es que nos vamos a divorciar. Aquí se acaba todo.

LOLA.— *(A la imagen del santo. En voz baja, enfadada)* San Martín, ¡que se te adelantan! Así no son las cosas, Manolo. Esta noche estaba deseando verte.

MARIVÍ.— *(A Manolo)* ¿Por qué dices que lo vuestro estaba muerto? *(A Lola)* Es que las horas de trabajo pasan lentas y nos desahogamos unos con otros.

LOLA.— Vete acostúmbrate a las mentiras de un infiel.

MARIVÍ.— Perdone, pero entre él y yo no hay /

LOLA.— ¿Has estado casada?

MARIVÍ.— Soy viuda.

LOLA.— Claro, con los años, por dentro perdemos calcio y, por fuera, maridos.

MANOLO.— Lola, ¡hasta aquí! Ya hablaremos tú y yo luego. Trae la tortilla. Y hagamos un brindis, que tenemos invitada.

LOLA.— La tortilla es solo para Manolo.

MANOLO.— (A Mariví) Es como un pájaro carpintero. Por cierto, ¿lleva cebolla?

LOLA.— Claro, y pimentón, como te gusta.

MANOLO.— Pues no puedo comerla. De un tiempo a esta parte, me da ardor de estómago.

LOLA.— ¡Lleva chorizo!

MANOLO.— Lo siento, pero no soporto la cebolla.

MARIVÍ.— A mí me encanta. Él se lo pierde.

LOLA.— (Se la lleva) Mañana estaré perfecta. (Para sí misma) Me viene ahora con que no come cebolla, el desgraciado. (Al santo) Esta noche pongo la lavadora. ¡Y el centrifugado a tope! ¿me oyes?

MANOLO.— Déjala, Mariví. Aquí hay cena de sobra. Lola, para ti he pedido rollitos de primavera. Recuerdo que te gustaban.

LOLA.— ¿A mí?

MANOLO.— Sí, los comías todas la noches un verano que pasamos en Torremolinos.

LOLA.— (Algo melancólica) Hace tantos años que ni me acordaba. (Silencio. A sí misma) Tú me llamabas “mi chinita”...; yo te llamaba “mi dragón”.

Luz íntima que solo ilumina a ambos y música de sus años jóvenes, como un lapsus de tiempo. Se miran intensamente. Pausa. Todo vuelve a la normalidad.

LOLA.— Lo que no sabía es que ibas a pasar de dragón a cabrón en diez años.

MANOLO.— Y tú de chinita a chinarro.

MARIVÍ.— Seguro que pasasteis momentos inolvidables.

LOLA.— Sí. Recuerdo que en la playa los niños lloraban al ver los pelos, —¡los rizos!— que le salían de la espalda.

MARIVÍ.— (Con asco) ¿Tenías rizos en la espalda, Manolo?

LOLA.— Tirabuzones. Para depilarlos necesitaba un cortacésped.

MANOLO.— Pues bien que te agarrabas a ellos como una mona a una liana antes de dormir.

LOLA.— Sí, para escapar de tus ronquidos. Treinta años escuchando ese taladro. Si hubiese un sindicato de amas de casa, ya estaría considerado enfermedad profesional. Y de las graves.

MANOLO.— Cuando nos casamos no te molestaban. Por eso empezaste a llamarme “mi dragón”. Bueno, por eso... y por otras cosas.

LOLA.— Mariví, ¿ves esos espejos deformantes que hay en los parques de atracciones?

MARIVÍ.— Una se ve horrible.

LOLA.— (*Incisiva*) Pues así son las lentes del matrimonio.

MANOLO.— (*Incisivo*) Sobre todo las de ver de cerca.

LOLA.— Ojalá nos las hubiésemos puesto al principio, cuando estábamos ciegos.

MANOLO.— ¡Ya está bien! Vamos al grano, que para eso hemos venido.

LOLA.— ¿Los dos?

MANOLO.— Mariví es mi abogada.

MARIVÍ.— (*Abre el maletín y saca unos papeles*) Lola, solo queremos lo más justo para todos. No tenéis hijos, así que hay que ver qué hacemos con la casa y los ahorros. No deseamos dejarla en la calle, pero /

LOLA.— ¡No pienso irme a ninguna parte! Y al mes, ¡ni se te ocurra escatimarme un euro! ¡Y a Musy no lo quieras, traidor?

MANOLO.— Está mejor contigo: toda bruja necesita un gato.

MARIVÍ.— Manolo, por favor, que te ha hecho la cena.

MANOLO.— (*Forzado*) Saca la tortilla, que la comeré con gusto.

LOLA.— Creo que tú también puedes probarla, Mariví.

MANOLO.— Bien dicho, Lola. ¡Brindemos!

MARIVÍ.— ¡Brindemos!

Lola está a punto de partirla.

MARIVÍ.— Es el plato favorito de mi hijo.

LOLA.— (Se detiene) ¿Tienes un hijo? ¿Y tiene hermanos?

MARIVÍ.— No, ni abuelos. (Le enseña la foto del móvil) Desde la muerte de su padre estamos muy solos. No nos queda nadie, salvo su padrino. (Mira a Manolo)

LOLA.— ¿Eres el padrino? ¿Desde cuándo? ¡Si es un adolescente!

MANOLO.— Hasta los catorce no alcanzó la fe.

LOLA.— (Mira enfadada a san Martín, preguntándole con la cabeza) La fe. (Coge la tortilla y la vuelve a guardar) No voy a dejar un huérfano, Musy. (Saca una cesta con calzoncillos para hacer una lavadora. Al santo lo descuelga y lo pone boca abajo. En voz baja) No me queda otra. Cuatro lavadoras a sesenta grados con triple centrifugado... (Hace un gesto de agarrarse los testículos y pone un ojo a la virulé)

MANOLO.— Lola, ¿qué haces con eso ahora? ¿Y el brindis?

LOLA.— (Mete la imagen de san Martín en la lavadora) ¡Aplicate!

MARIVÍ.— (En voz baja) Ha sido un shock para ella. No debí venir.

MANOLO.— (En voz baja) Solo quería que confirmases que es insopportable. Y eso que ha vivido como una reina, sin trabajar, desde hace treinta años. Me he sentido muy solo, Mariví. Llegar a casa era igual que entrar en la consulta de un dentista.

LOLA.— Como mañana hay partido, he metido a lavar tu camiseta del Real Madrid.

MANOLO.— (Asustado) ¡Te he dicho mil veces que la laves a mano y del revés!

LOLA.— Si se estropea, te compras otra. Con todo el dinero que pensáis robarme /

MANOLO.— Mariví es una profesional y está aquí para ayudarnos. (*Suplicando*) ¡Y mira a ver si puedes parar la lavadora, que mañana hay partido!

LOLA.— Haber aprendido a usarla. Y tranquilízate un poco o te dará un infarto.

MANOLO.— No corro ningún riesgo: llevo dieta y he empezado a hacer deporte.

LOLA.— ¿Qué deporte? ¿El *Candy Crush*?

MARIVÍ.— A usted también le convendría hacer alguno, así se entretiene.

LOLA.— Yo ya limpio los armarios por dentro.

MANOLO.— Con esas caderas descompensadas, practica las asimétricas. (*Se ríe mientras la imita caminando*)

MARIVÍ.— Perdónelo, Lola, las personas que están a dieta son muy susceptibles. Cenemos como personas civilizadas, que para algo nos ha tenido que servir la religión en el colegio.

LOLA.— ¿Estás encomendado a algún santo, Manolo?

MANOLO.— No creo en chorradás.

MARIVÍ.— ¿Hoy qué santo es?

LOLA.— San Martín.

MARIVÍ.— ¿Y a quién protege?

LOLA.— A los inocentes. Castiga a quienes les han hecho mal conscientemente. Antes o después... lo pagan.

MARIVÍ.— Como el karma en el budismo.

MANOLO.— Es un santo al que se le conoce por los cerdos, eso es todo.

LOLA.— ¡Lávate la boca antes de hablar así!

MANOLO.— No vale para nada más. Es un santo de banquillo, nunca sale al campo.

LOLA.— Dos centrifugados más. (Al santo, que está dentro) Y ahora qué dices, ¿ves cómo lo merece? ¡Y mengua la camiseta! Entre lo de abajo y lo de arriba... (Gesto de contracción de todo el cuerpo, con un ojo a la virulé)

MARIVÍ.— (En voz baja, a Manolo) Está fatal. Creo que debemos irnos.

MANOLO.— Lola, después de lo que hemos hablado, es mejor que nos vayamos. Mañana vengo a por mi ropa. Espero que esté seca.

LOLA.— Y planchada, como siempre. Si al ponértela te aprieta o te molesta, aguanta un rato. Es el almidón, se irá soltando.

MANOLO.— Los colores de un club nunca molestan.

MARIVÍ.— Ha sido un placer. Muchas gracias.

LOLA.— Dale las gracias a tu hijo.

Manolo y Mariví salen.

Cobarde, miserable... Una tortilla sin cebolla es como un huevo sin yema, Musy. (Tira toda la comida china a la basura) Venía a quitarme lo mío con la picapleitos esa, pero a partir de mañana san Martín hará justicia.

(Los imita) “¡Brindemos! ¡brindemos!” Sí, voy a brindar: ¡Porque los sueños se hagan realidad! (Bebe un trago de vino)

Musy, de joven me enseñaron que el amor debía ser el centro de mi vida. En su nombre he soñado durante treinta años cosas que nunca se han cumplido. He aguantado por miedo a lo desconocido, Musy, por miedo a la pobreza, por miedo a verme ante el abismo de no saber quién soy. He aguantado tanto porque el rencor es adictivo y une más que el cariño. En estos últimos años me he sentido tan sola como un botón que se cae de la chaqueta y se queda perdido sin que sirva para nada. (*Con cariño*) Aunque, ¿cómo sentirse sola cuando hay gatos castrados y gordos como tú para acompañarme? (*Bebe*)

¿Crees que otras personas nunca han pensado que serían más felices si su padre, su madre, su ex, su hijo, su pareja se muriese? Ahora sé que es un pensamiento habitual en la mayoría de nosotros, una de las fantasías de la humanidad que pocas veces se dice en voz alta y casi nunca se cumple cuando debe. Un sueño que yo voy a hacer realidad. (*Saliva. Empieza a marearse. Se sienta*) Musy, voy a hacer realidad... un sueño que todo... todo el mundo tiene. Incluso... (*Cae en la cuenta y mira la copa*) ¡Manolo! (*Se muere súbitamente*)

Manolo se asoma con cautela. Entra con Mariví.

MARIVÍ.— Ni siquiera vi cómo echaste los polvos en su copa.

Manolo muestra el bote de sacarina que lleva enganchado del llavero.

MANOLO.— ¿Sabes que estás muy sexy haciendo de abogada? (*Se besan*) Vámonos. Mañana vuelvo a por mis cosas.

MARIVÍ.— ¿Mañana? ¿Para qué?

MANOLO.— ¡La camiseta!

MARIVÍ.— Lo que tú digas, “mi dragón”.

Están en la puerta, a punto de salir.

MANOLO.— ¡Espera! (*Coge la tortilla*)

MARIVÍ.— ¡Y la cebolla?

MANOLO.— Lo dije para fastidiar. No vamos a dejar ni una migaja.

Muestra triunfante el plato.

¡Lola, por ti!

MARIVÍ.— ¡Por los sueños que sí se cumplen!

Salen. Oscuro. Se oye el maullido de Musy.

FIN DEL CASO NÚMERO 1

PRESENTACIÓN DEL CASO NÚMERO 2

DOCTOR LEANDRO.— Les estaba esperando, amigos y amigas. Como han podido ver, no siempre sale perfecto. Es cuestión de perseverancia, de práctica. Pero al menos han podido comprobar cómo nuestra compañera Lola no pospuso el cambio que necesitaba y luchó por un sueño que de algún modo... consiguió. Bien es cierto que ha sufrido algún daño colateral, pero no se desanimen, esto es ley de vida, ley de mercado. ¿Qué gran cadena de producción no padece algún pequeño desperfecto, algún pequeño contratiempo en su sistema?

Por supuesto, esta noche los tendré a todos en mis oraciones. Que santa Gertrudis, patrona de los gatos, vele por sus almas. En estos tiempos en los que no dejan de crecer a nuestro alrededor las fiestas católicas, sobra decir que en nuestro curso no discriminamos a nadie por sus creencias, género, raza o equipo de fútbol; ni tan siquiera por ser de la CUP.

En el siguiente caso veremos otro punto famoso de la autoayuda denominado “Los límites no existen”, que yo prefiero llamar: **CÓMO LOS ESCRÚPULOS NO PUEDEN ANULAR TUS SUEÑOS**. Les advierto que es uno de los videos más visitados por los jóvenes y los psicólogos. Diríamos que trata de la manipulación. Y es que las relaciones humanas están fundamentadas en eso: ¡es lo que nos distingue de los animales! ¿Qué querés entonces, que volvamos a la era del *Homo sapiens*? No hubiésemos conseguido nada de lo que tenemos sin la manipulación, sin los atropellos mentales, sin la ambición. Por favor... ¿estamos aquí para comernos el mundo o para que nos coman a nosotros?

Está claro, amigos: ¡Es mejor que nosotros hagamos la digestión a que la hagan otros!

Como mi experiencia me ha demostrado, nunca es tarde si la manipulación es buena.

¡Gócenla!

Proyección de rótulos:

Caso 2: El casting

Los límites no existen o...

CÓMO LOS ESCRÚPULOS NO PUEDEN ANULAR TUS SUEÑOS

El caso de Ofelia, Lady Macbeth y Desdémona

Tres sillas. Sentadas en dos de ellas y vestidas con un albornoz, Ofelia y Lady Macbeth intentan memorizar un papel que tienen en sus manos. Se miran disimuladamente. Un folio reposa sobre la silla vacía. Al lado de la más joven –Ofelia– hay una bolsa de viaje para mascotas. De repente, se oyen ruidos provenientes de un altavoz. Escuchan atentas. El altavoz se apaga.

OFELIA.— ¡Uf, qué nervios! Por un momento pensé que nos iban a llamar. (*Lady Macbeth no deja de leer*) Solo quedamos nosotras, ¿verdad? Aunque parece que esperaban una más.

LADY MACBETH.— Si no viene, mejor.

Entra Desdémona, también con albornoz. Es un travesti sin pechos operados, maquillado, con melena corta y barba. Lleva una figurilla en una mano. Ofelia se queda boquiabierta. Lady Macbeth la mira de arriba a abajo.

Te has confundido de *casting*. Este es de mujeres para una película porno. El de ‘Gran Hermano’ está en el otro pasillo.

DESDÉMONA.— No me he confundido.

OFELIA.— Pero es que eres /

DESDÉMONA.— Conchita Wurst ganó Eurovisión y ningún país se opuso.

LADY MACBETH.— Pues nada, si te avala la Unión Europea..., bienvenida.

OFELIA.— A mí Conchita me cae muy bien.

Desdémona se sienta y posa en el suelo la figurilla de un santo.

¿Eso qué es?

DESDÉMONA.— Santa Pelagia. Pasó toda la vida travistiéndose de hombre. Somos tan parecidas.

LADY MACBETH.— Ella sería virgen.

DESDÉMONA.— Bailarina y pecadora, pero luego cambió de vida y se hizo ermitaña.

LADY MACBETH.— Lo que se hizo fue vieja.

DESDÉMONA.— (Señalando el transportín) ¿Qué tienes ahí?

OFELIA.— Un gatito. De la protectora de animales.

DESDÉMONA.— Qué lástima. ¿Cómo se llama?

OFELIA.— Musy.

LADY MACBETH.— ¡Y vienes con él a la prueba, en plan Kardashian?

OFELIA.— No quería dejarlo solo. No pensé que esto iba a durar tanto.

DESDÉMONA.— ¿Cuántas actrices se han presentado?

LADY MACBETH.— Unas cuarenta. De momento al director no le ha gustado ninguna y eso que no es un tipo duro, porque yo que he estado en cientos de *castings* /

OFELIA.— ¿Cientos de *castings*?

LADY MACBETH.— Lo normal. Ah..., que eres nueva.

OFELIA.— Es mi primera prueba. Envié un *book* y me llamaron.

LADY MACBETH.— (*Molesta*) ¿Te han llamado ellos?

DESDÉMONA.— ¿Qué años tienes, reina?

OFELIA.— Diecinueve.

DESDÉMONA.— Qué cachorrita. Yo veintisiete: aparento algo más porque la barba endurece.

Desdémona y Ofelia miran a Lady Macbeth.

LADY MACBETH.— ¿Mi edad? Como tú, más o menos. Sin barba se ven más las líneas de expresión.

OFELIA.— ¿Cómo sabes que al director no le ha gustado nadie?

LADY MACBETH.— Tengo mis contactos.

DESDÉMONA.— No le ha gustado nadie porque va a quedarse con una de nosotras, cuca. Por cierto, no nos hemos presentado, soy... Esperad, ¿los nombres de casa o los artísticos?

OFELIA.— Yo no tengo nombre artístico. Me llamo Ofelia.

DESDÉMONA.— ¿Ofelia? Pues... puedes llamarte Ofelia Ción.

Desdémona y Ofelia se ríen.

LADY MACBETH.— Qué ordinariez. Ofelia viene de Shakespeare, el escritor más conocido del mundo, pero vosotras no sabréis ni quién es.

DESDÉMONA.— Claro que lo sabemos. Yo soy Basilio, pero para esta ocasión y en honor a tu Shakespeare, me llamaré Desdémona. Desdémona... Zorrona.

Desdémona y Ofelia se ríen.

LADY MACBETH.— (Con desdén) Entonces yo seré Lady /

OFELIA.— ¡Gaga!

LADY MACBETH.— Macbeth.

DESDÉMONA.— Encantada de conoceros, chicas, aunque sea en una situación así, como rivales.

LADY MACBETH.— Rivales es mucho decir.

OFELIA.— ¿Os sabéis el texto? Pensaba que en el porno no había que estudiar.

LADY MACBETH.— Querida, esto es porno con clase, de nivel: porno de autor. Aquí no vale con... (Gime) Aquí hay que hacer introspección en tu papel y en el de tus compañeros. Preguntarte el “por qué” y el “para qué”.

DESDÉMONA.— Yo lo he estudiado siguiendo el método Stanislavski.

OFELIA.— Swarovski.

LADY MACBETH.— No tenéis ni idea, este director es defensor del Meisner, basado en la concentración y la repetición. (Mueve el cuerpo con un leve gesto sexual) Pero puedes intentarlo, tienes aspecto de ser de las mejores en Stanislavski. Y en travelolaski. (Se ríe)

DESDÉMONA.— Cuando te quite el puesto te reirás menos. (*Comienza a hacer movimientos y ruidos para relajar la musculatura*)

OFELIA.— (*Coge un espejo de mano y se mira. Repite rápidamente*) Me gusto, me apruebo, me quiero. Megustomeapruebomequiero, me...

DESDÉMONA.— ¿Qué método es ese?

OFELIA.— Las afirmaciones ante un espejo dan seguridad. Lo he sacado de un libro de autoayuda.

LADY MACBETH.— La falta de seguridad en la mujer es una más de sus hormonas, no hay mes que no condicione su vida.

DESDÉMONA.— (*A Ofelia, cariñosa*) ¿Quieres que repasemos juntas la escena?

OFELIA.— Súper.

LADY MACBETH.— Así os veo y me reafirmo en que no tenéis nada que hacer. (*A Ofelia*) Tú serás la chica y estarás en el balcón; (*a Desdémona*) tú, el chico y estás en el jardín.

DESDÉMONA.— Me niego.

LADY MACBETH.— Pues al revés: tú arriba y ella abajo. ¡Ya!

DESDÉMONA.— ¿Vienes de pelis sado, no?

Lady Macbeth la mira fijamente. Obediente, Desdémona se sube a la silla y mira hacia abajo.

OFELIA.— ¡Espera! (*Tararea la música de la Metro. Cuando termina, invita a Lady Macbeth a gruñir como un león, cosa que hace con desgana*) Con ustedes... ¡Ocho polvillo vascos!

DESDÉMONA.— (De perfil y como si estuviese en el balcón de Julieta. Con marcado acento andaluz) “¿Quién eres tú, vascón, que así, envuelto en la noche, sorprendes de tal modo mi... (Abre con una mano el albornoz por la parte baja) sekretua?”.

Ofelia se arrodilla sobre una pierna bajo la silla de Desdémona, mirando hacia arriba.

OFELIA.— (Turbada ante lo que ve. Con acento vasco) “Oyes, pues...”. (No sabe seguir)

DESDÉMONA.— (Intenta ayudarla) “Dime, ¿cómo has llegao hasta aquí y pa’qué? Las tapias del jardín son difíciles de escalar”.

LADY MACBETH.— (Con desdén, aparta a Ofelia. Actúa como buen Romeo) “Con ardiente falo franqueé estos muros, pues no hay cerca de piedra capaz de atajar mis ganas; y en donde un polvo me quieran dar, allí mi broca empieza a taladrar. ¡Que soy de Bilbao!”.

OFELIA.— (Aplaudiendo) ¡Eres increíblemente buena! No sé qué hago aquí...

DESDÉMONA.— No te desanimes, bonita. Lady ha estado suprema, (con burla) pero en el papel del chico.

LADY MACBETH.— En el porno lo único que importa son las brocas y el taladro de los hombres, no la mecánica del... de la... (buscando una palabra elegante) tuerca de las mujeres.

DESDÉMONA.— Pues qué aburrimiento y qué triste para vosotras, hija.

OFELIA.— (Mirando el papel) Esto va de que cuando un hombre se obsesiona locamente, nadie puede pararlo.

DESDÉMONA.— Ni a una mujer. ¿Has estado enamorada alguna vez?

OFELIA.— Solo una. ¿Y tú?

DESDÉMONA.— Lo estoy ahora, muchísimo. Mi hombre es tan varonil, tan carismático: es el mejor.

LADY MACBETH.— Ningún hombre es el mejor por sí mismo, necesita una mujer que lo eleve a un altar, como es tu caso.

DESDÉMONA.— Lo que tú digas, pero es que está cañón y sexualmente es una máquina.

LADY MACBETH.— El deseo dispersa la mente. (*Señalando a Ofelia disimuladamente*) ¿O no lo ves?

DESDÉMONA.— A mí me pone mucho que sea negro.

OFELIA.— ¡Qué morbo!

LADY MACBETH.— Negro como Otelo.

DESDÉMONA.— ¿Veis? Es una señal, por eso hoy me llamo Desdémona.

LADY MACBETH.— (*Para sí misma*) Zorrona.

DESDÉMONA.— Me paso el día pensando en su piel, en volver a casa, en volver al hogar /

LADY MACBETH.— Pareces el anuncio de Navidad.

OFELIA.— ¿Y tus padres te han dicho algo porque sea negro?

LADY MACBETH.— Bastante tienen con asimilar si es Conchito o Conchita.

DESDÉMONA.— Está loco por mí.

OFELIA.— Qué suerte que te quiera tanto.

LADY MACBETH.— Hasta que la pasión disminuya, tu proyección profesional no crecerá. La pasión solo trae problemas. ¿No lo has notado?

DESDÉMONA.— Es un poco celoso, para qué lo voy a negar. Me hizo prometerle que dejaría este trabajo. No sabe que he venido al *casting*.

OFELIA.— Mis padres tampoco. Ni mi ex, aunque creo que le da igual lo que haga.

DESDÉMONA.— No digas eso, reina, seguro que le importa.

LADY MACBETH.— ¿Por qué rompisteis?

DESDÉMONA.— No nos lo cuentes si no quieres. Pero si quieres, ¡cuéntalo con detalle!

OFELIA.— Nos conocemos desde niños y siempre hemos soñado con vivir juntos, pero desde que su padre murió solo piensa en sí mismo, en sus planes. No quiere saber nada de mí, parece que le molesto. Hasta me ha dicho alguna cosa fea.

DESDÉMONA.— Te entiendo, a mí también me las dicen. El estrés es el gran enemigo del amor.

LADY MACBETH.— ¿El estrés? Nadie debe hablarlos mal. ¡Reprimid vuestras vaginas alienadas! ¡Renegad de vuestros cerebros subyugados por el amor romántico! Estáis perdiendo vuestros sueños detrás de hombres que ni siquiera os apoyan por estar aquí. Quizás... tendríais que llamarlos o enviarles un wasap contándoles dónde estáis. Si de verdad los queréis como decís, qué menos que ser honestas y no traicionarlos con una doble vida.

DESDÉMONA.— (Asustada) ¿Decirle que estoy aquí?

LADY MACBETH.— ¿No es el hombre de tu vida? ¿No se va a enterar de otra forma?

DESDÉMONA.— Tiene una alerta de Google con mi nombre.

LADY MACBETH.— ¡Qué barbaridad!, ¿cómo lo consientes?

OFELIA.— Entonces, decírselo es lo mejor.

DESDÉMONA.— (*Nerviosa*) No puedo. Si consigo el papel le diré la verdad: que me han llamado ellos.

LADY MACBETH.— (*Molesta*) ¿También te han llamado a ti?

DESDÉMONA.— Le hablaré del dinero que voy a ganar.

OFELIA.— Entonces te querrá... ¡por el dinero!

DESDÉMONA.— No son incompatibles. Mira en *Pretty Woman* lo felices que eran.

LADY MACBETH.— Mucho, pero hasta que le des el collar, ¿qué harás?

DESDÉMONA.— Es que los celos le pueden. Siempre me ha acusado de coquetear con los compañeros y no es cierto.

LADY MACBETH.— Fuese o no verdad que coqueteas con los compañeros —que yo te creo a ti, Zorrona—, si guardas este secreto y lo descubre, su enfado será tan grande que sospechará cosas peores.

OFELIA.— Si le dices la verdad, nunca podrá reprocharte nada.

DESDÉMONA.— (*Nerviosa*) ¿Qué te dice tu pareja, Lady?

LADY MACBETH.— (*Incómoda*) Mis deseos eran sus deseos, son sus deseos, y viceversa. Más que una pareja, somos un solo ser.

OFELIA.— ¿No serás hermafrodita?

Lady Macbeth se coloca enfrente y abre el albornoz.

LADY MACBETH.— ¿Tú qué crees?

DESDÉMONA.— (Con ansiedad) Supongo que debo decírselo.

LADY MACBETH.— Cuenta con nosotras: las personas de esta profesión tenemos que protegernos unas a otras.

OFELIA.— (Cariñosa) Sí, seremos tus profilácticos emocionales.

LADY MACBETH.— ¿Por qué no lo haces tú primero, Ofelia, y así le demuestras lo fácil que es? Vamos a apoyarnos entre las tres.

OFELIA.— ¡Como los mosqueteros! ¡Una para todas y todas para una!

LADY MACBETH.— Dilo bajito, a ver si nos van a poner otra prueba.

DESDÉMONA.— (Emocionada) Es reconfortante saber que, en el peor momento, por fin, una siente que no está sola, que hay personas que te apoyan y no te juzgan. (Las coge de las manos) Gracias. (Música suave de fondo, como en un sueño) ¿Os imagináis que pudiésemos tener otra vida? La vida que soñamos, sin hombres celosos ni trabajos mal vistos.

OFELIA.— Con amigas que te entienden y te acompañan, todo se ve diferente, ¿verdad?

A partir de ahora ¡haremos lo que nos dé la gana! Juntas podemos montar un negocio de animales /

DESDÉMONA.— ¡O de moda! ¿Tú qué deseas, Lady? ¿Con qué negocio has soñado, amiga?

LADY MACBETH.— ¿Yo? Uno de... de libros de segunda mano. (Bajando la guardia) Las vivencias dan sabiduría, como los libros viejos.

DESDÉMONA.— ¡Pues vamos a luchar por nuestros sueños! ¡Nosotras parimos, nosotras decidimos! ¿Nunca lo habéis dicho? Probad, ¡da mucha fuerza!

Las tres cogidas de la mano van dando saltos mientras gritan el eslogan. Están a punto de salir.

¡Una para todas!

OFELIA.— ¡Todas para /

LADY MACBETH.— Pero qué estoy... (Se suelta. *La música deja de sonar*)
Yo me quedo.

DESDÉMONA.— Pues nosotras también.

LADY MACBETH.— ¡Ah, sí? ¡Para qué? No hace falta /

DESDÉMONA.— Una para todas...

OFELIA.— ¡Y todas para una!

LADY MACBETH.— (*Hipócrita*) Pues, entonces, primor, tú escribe a tus padres y a tu ex.

OFELIA.— (*Coge el móvil*) Espero que no pongan el grito en el cielo y me apoyen. No son unos carcas. (*Envía el texto*)

LADY MACBETH.— Te toca, *pretty woman*.

DESDÉMONA.— (*Nerviosa*) Ahora no. Debo relajarme y concentrarme en el papel.

OFELIA.— (*Coge el espejo y lo acerca al rostro de Desdémona*) Tranquila. Repite conmigo: Megustomeapruebome /

LADY MACBETH.— Tienes que hablar con él, es la única vía.

DESDÉMONA.— Se enfadará porque le he mentido, pensará que quiero dedicarme a esta profesión para acostarme con otros.

OFELIA.— No creas cosas tan horribles.

LADY MACBETH.— Vete fuera y llámalo. Tienes tiempo de sobra.
Cuando sea mi turno pienso tardar en salir.

DESDÉMONA.— Tengo miedo. ¿Ha respondido tu ex, Ofelia?

OFELIA.— Lo ha leído, pero no responde.

LADY MACBETH.— Eso de que no te conteste... Quizá debas añadir algo.

OFELIA.— ¿Corazones?

LADY MACBETH.— (A Desdémona) Y tú debes decirle la verdad y mantenerte firme.

OFELIA.— Estamos contigo.

DESDÉMONA.— Tenéis razón. Ahora que os tengo a vosotras, que me comprendéis, ¡lo haré! (Llama) ¿Amor? No he podido avisarte antes porque (...) ¿Desconectada desde hace una hora? Me quedé sin batería (...) ¡No! ¡No! (Desesperada) Escúchame, amor, estoy en un casting (...) Sí. (...) Ya. (...) ¡Espera, por favor! (Han colgado)

LADY MACBETH.— Estamos orgullosas de ti.

DESDÉMONA.— (Descompuesta) Es mejor que me vaya. (Se dispone a salir)

OFELIA.— ¡¿Por qué?!

LADY MACBETH.— Déjala un ratito que le de el aire. ¿No ves que en la prueba nos van a dejar sin fuelle? (A Desdémona, en voz baja) Lo importante es curar rápidamente la herida; si pasa tiempo, puede gangrenarse y... habrá que cortar.

Desdémona sale llorando. Silencio. Cogen sus folios de nuevo.

OFELIA.— ¿No va a volver, verdad? (A la puerta) ¡Te buscaré en Instagram!

(Suenan un wasap) ¡Mi ex! (Lo lee) Dice que le da igual a quién me tire, que... ¡como si me tiro al río!

LADY MACBETH.— (Sorprendida) ¿Ha leído *Hamlet*?

OFELIA.— (Aguantando el llanto) No le importo nada. Le voy a enviar el emoticono de la caca, el de la peineta /

LADY MACBETH.— ¿Por qué estás aquí, por un desengaño amoroso o por dinero?

OFELIA.— Por todo. Quiero ser libre, no depender de ningún hombre nunca más.

LADY MACBETH.— Si das este paso, dependerás de muchos.

OFELIA.— (Nerviosa coge el espejo. Se mira, inicia una afirmación de autoayuda) Mi único deseo es ser actriz porno.

Lady Macbeth se coloca detrás, coge el espejo y lo mantiene frente a Ofelia.

LADY MACBETH.— No me detendrá ni el daño que pueda causarle a mis padres ni la posibilidad de volver con mi ex.

OFELIA.— (Mirando al espejo) No me detendrá ni el daño (cada vez más triste) que pueda causarle a mis padres... ni la posibilidad de... ¡Mi ex nunca va a volver! (Se pone a llorar)

LADY MACBETH.— O sí. Ayúdale en sus planes con todos tus medios. Hazte fuerte e indispensable. (Mirándose de reojo en el espejo que tiene en la mano) Pero, con el tiempo, ten cuidado de no llevarte a creer que es tan poderoso que ya no te necesita. Te quedarás sola con la amargura de haber llegado hasta ahí. Y hasta aquí. (Al espejo) Puedes llegar a creerte una diosa de mármol /

Suena un wasap.

OFELIA.— ¡Es mi madre!

LADY MACBETH.— ...y al final tan solo eres una escultura que visitan los perros /

OFELIA.— Dice que me vaya, que no permita que me graben nada.

LADY MACBETH.— ...una escultura con la piedra cada vez más dura.

OFELIA.— Está muy nerviosa. ¡Qué mal me siento, Lady!

LADY MACBETH.— (*Baja el espejo*) Deceptionar a una madre es como tomar diariamente una dosis de veneno.

OFELIA.— (*Suenan más wasaps. Agobiada, sin leerlos*) ¡Dios mío! (*Le quita el espejo y se lo pone delante*) Meapruébome... ¡Bah! (*Lo suelta*)

LADY MACBETH.— Escucha a tu corazón: tienes que irte.

OFELIA.— La cabeza me pide irme, pero el corazón quedarme.

LADY MACBETH.— ¡Ah, sí? Debes aprender a ser racional, Ofelia. Sigue a la mente e inevitablemente encontrarás la música acorde a tu corazón, como en el mejor de los musicales. Escribe a tus padres y a tu ex. ¡No pierdas ni un minuto! (*Le da el transportín*) Y diles que todo era una broma, que en realidad estás en el *casting* de ‘Gran Hermano’. ¡Vamos! (*La va empujando hacia la puerta*) ¡Vamos! Ya sabes, en el otro pasillo. Cuéntales tu historia, lleva al gato y no te vistas: te cogen seguro.

Ofelia sale.

OFELIA.— (*Off*) ¡Te buscaré en Instagram!

Lady Macbeth va tirando con una suave patada las sillas de sus rivales. Se ríe. Coge el espejo y le da la vuelta para no verse. Se sienta a la espera. Observa los folios de sus compañeras, que se han caído al suelo. Se levanta a recogerlos.

LADY MACBETH.— Una tienda de moda. (Se ríe) Una de animales. (Silencio. Con amargura) Otra de libros de segunda mano. (Silencio) Cinco siglos desde Shakespeare y seguimos dejando nuestros sueños a merced de ellos. (Tira los folios al suelo, con rabia)

Se oye el ruido de un altavoz.

VOZ EN OFF.— El *casting* ha terminado. El puesto está cubierto, pueden irse.

Lady Macbeth, muy seria, se dispone a irse. A punto de salir, da la vuelta. Se acerca a la figurilla. La coge.

LADY MACBETH.— (Con tristeza) Una para todas... y todas para una.

Sale.

FIN DEL CASO NÚMERO 2

PRESENTACIÓN DEL CASO NÚMERO 3

DOCTOR LEANDRO.— Mis queridas y queridos pupilos, Lady Macbeth ha estado rigurosa, suprema, a punto de ganar el partido. ¿Les he dicho que esto es como un deporte? Hay que ser constantes y practicar hasta que llegue el triunfo. Como están pudiendo comprobar, todos mis seguidores son mujeres y hombres soñadores como ustedes, que sufren y sienten muy adentro que la vida no les ha dado lo que realmente merecen. ¿Sabían que el hígado padece nuestra sed de justicia? Si la búsqueda de justicia está empeñando a afectar a su salud física o mental, les urge empezar a entender qué es la RESILIENCIA. La resiliencia, en términos sencillos, consiste en sacar fuerza de donde no la hay para volver a ser felices tras haber vivido situaciones que nos han herido. Y una de las maneras más efectivas de lograrlo es la venganza ¡Todos podemos ser el Conde de Montecristo! La venganza nos llena de energía, de vida, nos libera; la espera de justicia, no. La venganza solo depende de ustedes; la justicia... vaya usted a saber en qué carajo queda. Por eso mismo, este último caso se centra en ayudarles a “Entender la resiliencia”, o dicho a mi manera, en CÓMO CUIDAR EL HÍGADO APLICANDO VENGANZAS. No retuerzan sus deseos íntimos pintando mandalas y haciendo contorsiones de yoga. ¡Denle al cuerpo lo que de verdad necesita! ¡Actúen! Háganlo como los protagonistas de este último ejemplo práctico que les presento. Todos llegaron a mi canal buscando su respuesta. Ya saben que el maestro aparece cuando el pupilo está preparado, como es su caso. No hace falta decir que los tres tienen matrícula gratis para el curso siguiente.

Proyección de rótulos:

Caso 3: Pura sangre

Entender la resiliencia o...

CÓMO CUIDAR EL HÍGADO APLICANDO VENGANZAS

El caso de Javier, Carlota y Guti

En un parque, Javier, muy bien vestido, tiene la correa de un perro en la mano.

JAVIER.—¡Gato! ¡Gato, no comas eso! ¡Sshhh! ¡Ven acá! ¡Oiga, ate a su chuchito! ¡Si no sabe comportarse en este barrio, métalo en una jaula! (...) ¿Que me vaya a...? (...) ¿Cómo? ¡Pasear a un gato es lo último en el East Side de Manhattan, paleta! (Para sí mismo) Macarra..., nuevo rico. ¡Musy, que vengas te digo! *Here!! Right now!!*

Al fondo, sin que Javier pueda verla, está Carlota hablando por el móvil.

CARLOTA.— (En voz baja) Confirmado. Sin guardaespaldas. ¡Suerte con el tuyo! (Cuelga. Viste una camiseta con las palabras “ACCIÓN” en el pecho y “REACCIÓN” en la espalda. Lleva una pancarta con un dibujo de Darth Vader y el rótulo “El imperio de los bancos STA FAR”. Se acerca a Javier) ¡Chorizo, capullo, el dinero no es tuyo! ¡Traidor, malvado, así estás de adinerado!

JAVIER.— Voy a llamar a la policía. Te va a caer un puro...

CARLOTA.— ¿Crees que me asustan las palabras de un ladrón, de un estafador? ¡Chorizo, capullo, el dinero no es tuyo!

Entra Guti, algo indeciso, con una bolsa de tela colgada del hombro y una camiseta serigrafiada con la imagen de san Pantaleón. Parece que tiembla, que tiene mono.

GUTI.— Perdón, pareja... En fin... (*Saca una navaja*) ¡Denme todo lo que tengan o les rajo! Denme... to-todo el dinero que tengan..., los relojes y... bueno, ¡lo que sea que tengan!

JAVIER.— Mira, no hagas ninguna tontería porque te puede salir muy caro.

CARLOTA.— ¿Amenazas a un yonqui con navaja? La prepotencia te puede.

GUTI.— Disculpen, pero yo de yonqui nada.

CARLOTA.— Perdona, es que... ¿Te encuentras bien? Si no es para droga, ¿qué necesitas? ¿Tienes hambre?

JAVIER.— ¿Te está atracando y le vas a dar un bocadillo?

CARLOTA.— Por lo menos tengo sentimientos, no como otros que duermen tranquilos después de robar a miles de personas.

GUTI.— ¡Cállense! ¡Les estoy amenazando con una navaja y cada vez estoy peor, ¿eh?! ¡Denme ya las carteras! ¡Déjenlas en el banco! (*Obedecen*) ¡Los relojes también!

CARLOTA.— No llevo.

GUTI.— (*A Javier*) ¡El suyo o le corto la muñeca! Ay, discúlpennme, se me ha ido un poco el tono. ¿Cómo se llama usted?

JAVIER.— Javier.

GUTI.— Su reloj, Javier. Hum, cartera, reloj... Qué más.

CARLOTA.— ¿Los móviles?

GUTI.— Gracias. ¿Cómo te llamas?

CARLOTA.— Carlota.

GUTI.— Yo soy Guti. Encantado de conocerles. Ahora..., los móviles.

JAVIER.— El móvil no te lo puedo dar, tiene conversaciones privadas. ¡Es innegociable! Pero, a cambio, te doy a mi gato, que es mucho más caro. Fue ganador de 'Gran Hermano', sacarás miles de euros por él. ¡Musy! ¡Ven, bonito, que papá te va a dar un regalito!

CARLOTA.— ¿Vendes a tu gato por un teléfono? En fin, qué se puede esperar de quien vende su alma al diablo por dinero...

JAVIER.— ¿Cómo no vas a defender a un animal, si estás rodeada de perro... flautas?

GUTI.— ¡Silencio! ¡Aquí se habla cuando yo lo diga! (Dulce) Se lo agradezco, señor, pero una mascota requiere cuidados y a mí me resulta imposible. Tampoco se lo puedo vender luego a cualquiera, porque los animales sufren mucho los cambios. (Se marea)

CARLOTA.— ¿Estás bien?

Javier coge rápidamente la cartera del banco, con intención de irse. Guti agarra a Carlota del cuello.

GUTI.— ¡No se mueva o la rajo! (Javier se paraliza. Al segundo, se lanza a por el reloj. Guti suelta a la chica y lo agarra a él. Mira a Carlota) ¡Si te vas, lo rajo!

CARLOTA.— Me quedo, no quiero que este impresentable se muera sin devolver el dinero.

Guti les ata las manos y los sienta en el banco.

GUTI.— Señores, escúchenme bien: no tengo mucho tiempo. En realidad no me interesa su dinero, pero si no quieren sufrir un contra tiempo, tendrán que hacer lo que les diga.

JAVIER.— *(En voz baja a Carlota)* ¿No quiere dinero? ¿Hacer lo que nos diga? Este es un pervertido. *(En voz alta)* Yo con esta mujer me niego a hacer nada: seguro que tiene enfermedades.

CARLOTA.— ¡Eso tú, putero!

GUTI.— ¡No me interrumpan más, por favor! Necesito que, con mi navaja, cada uno de ustedes me ayude a hacerle al otro una raja en alguna parte de su cuerpo. En estos momentos me siento incapaz de hacerlo por mí mismo, por más que rece a san Pantaleón, *(posa su mano sobre la camiseta)* patrón de la salud. *(Reza en voz baja)*

CARLOTA.— Rezarle a un dibujo no te va a sanar, debes ir al médico.

JAVIER.— ¡Un dibujo! Los ateos sois unos irrespetuosos y unos enormes ignorantes. De rodillas tenías que ponerte ante san... Pantalón.

CARLOTA.— No me doblego ante ningún pantalón, soy feminista.

GUTI.— *(Deja de rezar)* Escúchenme, por favor. Yo cojo la navaja y miro para otro lado mientras ustedes agarran mi muñeca y asientan el corte. No es que la sangre me asuste, sino que el hecho en sí de rajarme... me provoca tal desagrado que puedo llegar a perder el conocimiento.

JAVIER.— Si lo único que necesitas es que la raje, dame la navaja y acabemos cuanto antes.

CARLOTA.— ¡No se la des, que me odia!

GUTI.— Te la doy a ti, entonces.

CARLOTA.— ¡Tampoco! Le odio, pero no quiero que me encierren: la lucha me necesita activa.

GUTI.— Qué mala suerte he tenido con vosotros. Estoy ya tan débil.

CARLOTA.— ¿No te vale que nos insultemos? Si eso te pone, te vas a morir de gusto.

GUTI.— Cuando era pequeño me sentía raro, fuera de lugar. Me pasaba los días encerrado en casa. Los otros niños me excluían, me tiraban piedras, y yo languidecía de tristeza hasta el punto de perder el conocimiento. Pensaba que este no era mi mundo, que nadie llegaría a comprenderme nunca, aunque mi madre aseguraba que de mayor sabría cuál es mi misión en la vida, como les pasa a los súper héroes de los cómics. Mi misión... pobrecilla.

JAVIER.— Eso es falta de hierro. En vez de darte cómics, tu madre tenía que haberte hecho un seguro médico /

CARLOTA.— Lo mejor es frenar los recortes e invertir en sanidad pública.

GUTI.— Un día, a través de la pantalla, conoces a alguien que parece similar a ti. Te atreves a compartir tu secreto y encuentras la paz que siempre has soñado. Ser distinto a la mayoría no tiene por qué llevarte a los límites de la sociedad, aunque pertenezcas a una cultura desafiante, a una cultura que no solo cuestiona lo aceptado como normal, sino también las estructuras de poder, como la religión o la política.

CARLOTA.— (Aplaudiendo con las manos atadas) ¡Bravo!

JAVIER.— ¿Por qué aplaudes si lo único que le pasa es que es marica?

GUTI.— No soy gay, no ha entendido nada. Soy... soy vampiro.

CARLOTA.— ¿Vampiro?

JAVIER.— Este es yonqui, fijo.

GUTI.— Sí, vampiro. ¡Vampiro! Qué bien me siento tras haberlo dicho. ¡Hasta el aire es más limpio! No hay nada como aceptarse a

uno mismo, ¿verdad? Salir del armario debe de ser algo parecido. Ahora que me he liberado, me encuentro un poco mejor. Así que, en vez de rajaros, vamos a intentar otros métodos menos desagradables ¡y sin bloqueos! He traído el kit. (*Coge la bolsa*) Se tarda más en conseguir la sangre, pero creo que puedo esperar.

JAVIER.— Mira, chaval, vamos a hacer un trato. ¿Qué “sangre” quieres? ¿De México? ¿De Colombia? Yo me encargo de conseguírtela.

CARLOTA.— Negocio sucio y rentable, negocio en el que tienes clientes. ¿O acaso los conoces del Opus Dei?

JAVIER.— No hables de la Obra o te arrepentirás.

CARLOTA.— A mí no me dice nadie de qué puedo o no hablar.

GUTI.— ¡Silencio! Sois insoportables y, sobre todo, insensibles. Aquí tengo una cajita con mosquitos tigre. Si la abro, os picarán y os rascaréis hasta haceros sangre. Seda dental; si no estáis de usarla, lo mismo. Y la joya de la corona: zapatos de plástico y con tacón. Tras caminar un buen rato, os saldrán unas heridas en el área del calcáneo que... (*Enseña los colmillos y se relame*)

CARLOTA.— Yo uso seda diariamente, los mosquitos jamás me pican y no sé andar con tacones.

JAVIER.— Yo igual. ¡Mira! (*Sonríe exageradamente para enseñar sus encías*) Y en cuanto a los mosquitos, cuidado porque soy alérgico. Puedo hincharme como un pez globo; todo tipo de reacciones, menos sangre.

GUTI.— Qué contrariedad. Solo me queda, entonces, la opción de los zapatos. Javier, ponte de rodillas y ayúdala.

CARLOTA.— (A Javier) ¡Quita! (*Se los pone ella misma*) No soy ninguna Cenicienta.

JAVIER.— Tú tienes de princesa lo que una acelga.

GUTI.— ¿Te has echado crema en los pies?

CARLOTA.— *(Con vergüenza)* No, se me pasó.

JAVIER.— Que se va a echar crema, si esta gente está sin civilizar.

GUTI.— ¿Tú te la has echado, Javier?

JAVIER.— Mi higiene y cuidado personal están fuera de toda duda.
(Guti le calza unos zapatos de tacón) ¡Qué estás haciendo?!

GUTI.— A caminar.

JAVIER.— Me niego. ¡Esto es ofensivo!

CARLOTA.— “Esto es ofensivo, esto es ofensivo” Aquí eres uno más.
¡Cállate y camina!

Guti los mira desde el banco. Ellos caminan quejándose, desequilibrados, ayudándose el uno al otro.

JAVIER.— *(A Carlota, en voz baja)* Al final todo esto es una disculpa para chuparnos los pies. Podofilia, se llama. No sé ni cómo puedes creerte lo del vampiro.

CARLOTA.— Gay, pervertido, yonqui, perroflauta, podofílico, acelga... Es fácil poner etiquetas. ¿No puedes aceptar que la gente sea diferente y no te tenga miedo?

JAVIER.— Este es un tarado que no le interesa a nadie.

CARLOTA.— Si tiene ahorros, te acabará interesando. *(Intentando ser amable)* ¿Y hay más vampiros como tú, Guti?

GUTI.— Claro. En Nueva Orleans han formado la Asociación de Vampiros, con donantes voluntarios y bajo control médico.

JAVIER.— Depravados. Si vuelve a ganar la izquierda, seguro que aquí hacen lo mismo.

GUTI.— El uno por ciento lo formamos los vampiros sanguíneos, totalmente inofensivos, que con una pequeña dosis nos bastamos.

JAVIER.— Inofensivos, dice. ¡Y míranos qué marcha! Haciendo *La chaqueta metálica* para travestis.

CARLOTA.— Calla y no pierdas el ritmo. ¿Qué vampiros forman el noventa y nueve restante?

GUTI.— Los peligrosos. Los insaciables.

CARLOTA.— ¿Qué quieres decir?

GUTI.— Los vampiros psíquicos, los emocionales. No chupan sangre, chupan energía con promesas falsas hasta enredarnos con su estrategia. Nos atraen para luego vaciarnos. Al principio son encantadores, prometen cuidarnos y mejorar nuestra vida. Confiamos, esperamos mucho de ellos y, al final..., nos atrapan.

Carlota se para mientras Javier sigue andando.

CARLOTA.— ¿Cómo llegan a vampirizarnos?

GUTI.— En actos cotidianos, en la calle, en el trabajo, en el gobierno. Rara vez nos damos cuenta del error hasta que se han ido de nuestras vidas dejándonos huecos, las cuentas vacías, el corazón roto, la esperanza desierta.

CARLOTA.— Vampiros emocionales..., (mira a Javier) psíquicos, insaciables... ¡Existen! Hay muchos más de los que nos imaginamos. Nos utilizan sin parar.

JAVIER.— (*Sin dejar de caminar*) Os lo creéis todo. Sois unos utópicos. No os extrañéis luego cuando la socialdemocracia fracase en el mundo.

GUTI.— (*Más débil*) De esas personas debemos alejarnos rápidamente.

JAVIER.— ¿Tú qué haces parada? ¿Ya te has cansado? Cómo se nota que no dais un palo al agua. Pues yo ya no camino más. Unos trabajamos y otros a chupar del bote. (*Se sienta en el banco, al lado de Guti*) Por dios, ¡qué tortura son los zapatos baratos!

CARLOTA.— (*Abducida*) ¿Cómo se acaba con un vampiro?

GUTI.— La literatura dice que clavándole una estaca, pero no conozco casos.

Carlota coge la pancarta.

JAVIER.— ¡Deja la pancarta y camina! (*A Guti*) No la sueltan ni para dormir, oye.

CARLOTA.— ¿Sueltas tú el dinero que has robado? (*Amenazándolo con la punta del palo*) ¡Devuélvenos el dinero, vampiro!

Guti, cada vez más débil, le quita la pancarta de las manos. Le hace un gesto a Javier para que continúe su marcha.

JAVIER.— (*Caminando saleroso con los tacones*) Relájate, Carlotita. Cada uno es responsable de lo que firma libremente en una sociedad democrática. Es muy fácil venir ahora diciendo que esas personas no estaban informadas, que eran analfabetas. Por favor, ¿cuántos analfabetos hay en España? Y, casualmente, ¿todos entraron en mi banco? Es muy fácil asegurar que fueron engañados cuando es totalmente falso. Simplemente se trataba de una inversión de riesgo, y todo el que corre un riesgo tiene dos posibilidades: o salir victorioso o tener un accidente. Desgraciadamente, en este caso les tocó el accidente. Según esa filosofía, tendríamos que pedir al resto de clientes que han ganado dinero con nosotros

que nos lo devuelvan. Si todos siempre ganamos, no seríamos un banco, sino una ONG. Además sois rancios hasta para protestar, siempre recordando el pasado. Ahora os toca ir a por las eléctricas y los fiscales. Lo de la banca ya está *demodé, out*.

CARLOTA.— Hay personas que se han suicidado por tu culpa.

JAVIER.— La vida no está hecha para los débiles.

CARLOTA.— Todos tenemos alguna debilidad. (*Abre la caja de los mosquitos y se los lanza. Javier empieza a moverse como un loco*)

JAVIER.— ¡En la cara no! (*Delante de Guti, gritando y moviendo las manos para quitarse de encima los mosquitos*) ¡Guti, ayúdame, por dios!

Guti, que apenas puede moverse, le da un golpe con la pancarta en la cabeza para espantarle los mosquitos. Javier cae al suelo.

CARLOTA.— ¿Qué has hecho?

GUTI.— (*Casi sin voz*) Lo que me pedía.

CARLOTA.— (*Intentando que Javier reaccione*) Ay, madre, que no responde y... ¡está sangrando!

Guti abre los ojos y sonríe, feliz. Se acerca a Javier y lo chupa.

GUTI.— Hum, ¡ya estoy mejor! Creo que no necesitaré probar de la tuya, Carlota. Me ha pasado como cuando haces dieta, que no tienes tanta hambre como crees.

CARLOTA.— (*Desesperada*) ¿Qué vamos a hacer? Lo has matado con mi pancarta, todo el mundo creerá que he sido yo. ¡Mírame!

GUTI.— Solo es un golpe, tranquila. Dame tu camiseta. (*Con rapidez, él se quita la suya y se la pasa a Carlota, que le corresponde con la suya*) Ahora, ¡corre, vete!

CARLOTA.— ¿Y tú?

GUTI.— Antes voy a cambiarle los zapatos.

CARLOTA.— Espera... Que lo encuentren así. Con las marcas que tiene en los pies después de tanta marcha creerán que es una práctica habitual. Desátale las manos.

GUTI.— Tienes razón. Se me olvidaba con el subidón que tengo.

CARLOTA.— Átalo al banco, pero con las manos libres, para que vean que podía haberse ido cuando quisiera; que parezca un juego sexual. Lo importante es despistar, porque como nos eche encima a sus abogados pasaremos muchos años en prisión y con una multa imposible de pagar.

GUTI.— Tú eres inocente.

CARLOTA.— ¿Y eso importa? Tú tampoco eres mal chico, pero eres diferente y acabarán contigo.

Baja la cremallera del pantalón a Javier y mete la mano del banquero dentro. Se quita el sujetador sin necesidad de desnudarse y se lo pone a la víctima sobre la ropa. Al hacerlo roza un dedo con el banco y se hace un rasguño. Se lo chupa. Mira a Guti con miedo y esconde el dedo. Coge el móvil con la otra mano y saca una foto de Javier.

Que se joda, va a ser *trending topic*. Los medios vendrán rápido.
¡Vete! ¡Sálvate, compañero! (Se va corriendo)

GUTI.— Me alegro de haberte conocido.

Carlota da media vuelta, corre hacia él y le ofrece la herida de su dedo. Este la succiona con placer.

CARLOTA.— Si cada noche le sacas la sangre a estafadores y corruptos como este, ¡serás nuestro héroe, nuestro Pantaleón! (Se dispone a irse) ¡Busca los nombres de esa gentuza en los periódicos, en los informativos! (Sale)

GUTI.— ¡Un héroe? ¡Yo? (Como una revelación. En éxtasis) Mamá, mi misión... (Sale en la dirección contraria)

Oscuridad.

FIN DEL CASO NÚMERO 3

DESPEDIDA

DOCTOR LEANDRO.— Siempre que veo este caso, me emociono. Independientemente del nivel de cada uno de sus protagonistas, los tres conectaron en algún momento con la dulce llamada de la venganza. Su hígado se lo agradecerá, sobre todo a Guti. Mis queridísimos amigos y amigas, ha llegado la hora de dar por finalizado esta muestra de mi exitoso *Curso de autoayuda para perversos y otros colectivos*. Espero que hayan reconectado con su instinto, que hayan corroborado el camino a seguir en este siglo XXI y que no caigan en la tentación de volver a acercarse al arte, a las humanidades, a la ciencia filosófica, al feminismo, a la ética y a todas esas boludeces que no les reportarán dinero ni les acercarán al poder tal y como está establecido. ¿Que no les gusta cómo son las cosas? ¿Que quieren otro mundo? Pues hagan uso de su poder interior y actúen en su día a día, como hoy lo han hecho viiendo a este teatro. Hagan uso de su poder colectivo y no se conformen, ¡no tengan miedo! (*Cambia por unos segundos su tono burlón e histriónico por uno serio. Como si fuera otra persona*) Porque si no... este curso pronto dejará de ser solo un espectáculo. ¿En dos años? ¿En cinco? Que eso no suceda también está en sus manos. (*Vuelve a la personalidad de Leandro*) Pero, hasta entonces, no olviden suscribirse a mi canal de YouTube 'Gato Negro', para luchar por su felicidad de la única manera en la que un simple ser humano como ustedes, en un planeta que en menos de cuarenta años no soportará el cambio climático y que está plagado de millones de potenciales y mediocres supervivientes, puede hacerlo. Les espero con los brazos

abiertos. Estaré muy complacido de recibir todas las historias y los videos con sus logros.

Trabajen duro para lograr sus sueños. La vida son dos días y no caen en fin de semana. ¡Hasta la próxima! (Música. Se dispone a salir mientras saluda, feliz, al público)

Entran cuatro trabajadores. Visten camisetas con las siglas "ETT" –Empresa de Trabajo Temporal–. La Trabajadora 1 parece ser la jefa. Los Trabajadores 2 y 3 arrastran cada uno sendas jaulas para cazar gatos. El Trabajador 4, que es el más joven, lleva un saco. Se interrumpe la música.

LEANDRO.— (Muy extrañado) Qué... ¿Quiénes son ustedes? No pueden estar aquí.

TRABAJADOR 2.— Eh... tranquilo, este es un parque público y venimos a trabajar.

TRABAJADORA 1.— Somos la parte subcontratada de la primera empresa contratada de la subcontrata de la empresa principal contratada por el Ayuntamiento, ¿entendido?

TRABAJADOR 3.— Nos han llamado porque la zona, en unos minutos, se ha llenado de gatos. Y encima negros.

LEANDRO.— (Nervioso) ¿Y a quién molestan unos gatitos en el parque? Además, si son oscuros, mejor, porque se ven menos.

TRABAJADOR 4.— (Con timidez) Creo que el señor tiene razón.

TRABAJADOR 2.— ¡Cállate y da gracias de que, al fin, tengamos trabajo!

TRABAJADORA 1.— Tranquilízate, la crisis ya pasó, ya pasó.

LEANDRO.— Ya pasó. Entonces ustedes /

TRABAJADORA 3.— Los gatos callejeros, si se empiezan a juntar, se creen que la ciudad es suya y la toman sin ley ni orden.

TRABAJADOR 2.— ¡Ni referéndum! (*Con suspicacia*) ¿Usted ha visto alguno últimamente?

LEANDRO.— (*Incómodo*) No, me dan alergia.

TRABAJADOR 4.— No lo entendéis, no es una invasión física. Es... como una corriente de ideas que viaja por todo el mundo. Se reproduce tan rápido como... como los “me gusta” en las redes, igual.

Leandro se estremece.

TRABAJADORA 1.— A vuestra edad todo es internet. (*A Leandro*) Ya no piensan ni en el sexo de toda la vida, carne a carne /

TRABAJADOR 2.— Al revés que los gatos. Por eso estamos aquí.

LEANDRO.— (*Nervioso*) ¿Qué van a hacer con esas jaulas?

TRABAJADORA 3.— Ponerles una trampa y... (*Cerrando con violencia la jaula*) ¡pa'dentro! Lo que pase con ellos después ya es tarea de la segunda subcontrata de la parte secundaria subcontratante /

La Trabajadora 3 se acerca al público. Los demás la siguen. También Leandro, preocupado por si cogen a alguno de los “gatos” del curso.

TRABAJADORA 1.— Seguro que están escondidos.

Caminan, inquisidores, ante la primera fila. La Trabajadora 3 hace un amago de agarrar a alguien del brazo.

TRABAJADORA 4.— ¡Espera! (*Lo detiene*) Sospechar de todo el mundo, detenerlo... ¡no es la solución!

TRABAJADOR 2.—¡Que te calles, tengo hijos que mantener!

Empiezan a pelearse. Sus compañeros se unen. Leandro ve su oportunidad. Reducida a cuatro trabajadores, tiene ante sí la crispación actual, la fragilidad humana en la que se basa su curso.

LEANDRO.— Amigos, amigas, por favor, relájense y escúchenme...

¡Tranquilos!, están ante el Doctor Leandro Ortiguera, especialista en conseguir la felicidad real y virtual. Dejen por un momento aparcadas las jaulas y respiren lento. Muy bien, así. Inspiren, por favor... (Obedecen) Expiren suavemente. Excelente. Ahora tomen asiento.

Los cuatro se sientan apretados en el banco del parque.

Los veo tan constreñidos, tan infelices. ¿No prefieren aprender a vivir como esos invisibles gatos que les asustan? ¿Unirse a esa corriente mundial y volar libres? (No entienden bien lo que quiere decir, pero escuchan sugestionados) Me gustaría regalarles unos conocimientos que podrían venirles muy bien para su futuro.

Leandro da la espalda al público.

Queridos amigos y amigas: ¡les doy la bienvenida, de todo corazón, a mi *Curso de Autoayuda para perversos y otros colectivos!*

Sigue hablando como en la presentación. Música y luces de inicio del espectáculo mientras cae el telón.

FIN



BEATRIZ MORI

© Lui G. Marín

Dramaturga ovetense, licenciada en Ciencias de la Comunicación Audiovisual por la Universitat Ramon Llull y Especialista en Guiones de Ficción por la Universidad Complutense de Madrid. Compagina sus trabajos de comunicación periodística y social con la poesía y la escritura dramática.

Ha realizado estudios de Dirección de actores y Dramaturgia con Antonio Malonda, José Sanchis Sinisterra, Alberto Conejero, Mauricio Kartun, Lorenzo Bassotto, Marco Zoppello y Britt Forsberg, entre otros.

Mención de Honor del I Premio Ciudad de Málaga de Teatro por *Nunca fuimos dioses* (2017), entre sus estrenos destacan *Fanterapia* (Madrid, 2018), *Los kiwis no vuelan* (Madrid, Málaga y Miami, 2017-2018) y *Curso de autoayuda para perversos y otros colectivos* (finalista del III Concurso Irreverentes de Comedia, 2017), obra seleccionada para su producción dentro de la segunda convocatoria Factoría Echegaray.

Ha publicado los libros *No me digas que no lo cuente* (Urano, 2007), *Guía para profesionales: Mujeres con discapacidad y violencia sexual* (Consejería de Bienestar, Junta de Andalucía, 2008), *En el grotesco proceso de la metamorfosis* (Vitruvio 2009) y *El tercer ojo* (Vitruvio, 2015).

Ha sido ayudante de dirección en diversos montajes teatrales, colaboradora docente en la Universitat Blanquerna de Barcelona, presentadora de televisión (TVE), guionista del documental *Estudiantes por la libertad* (TV3, Canal Sur) y codiseñadora de la narrativa transmedia de la serie *La Zona*, de Movistar+.



EDICIÓN NO VENAL DE LA FUNDACIÓN SGAE
PARA LA PROMOCIÓN Y DIFUSIÓN DE TEXTOS TEATRALES OBJETO DE ESTRENO